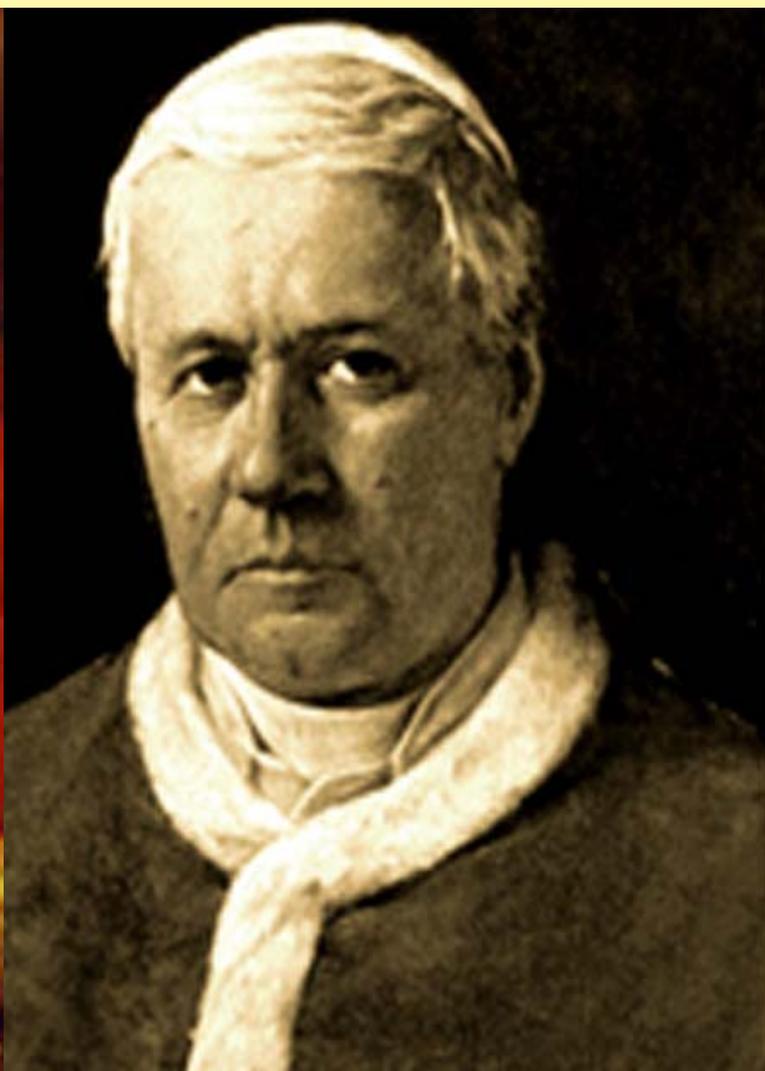
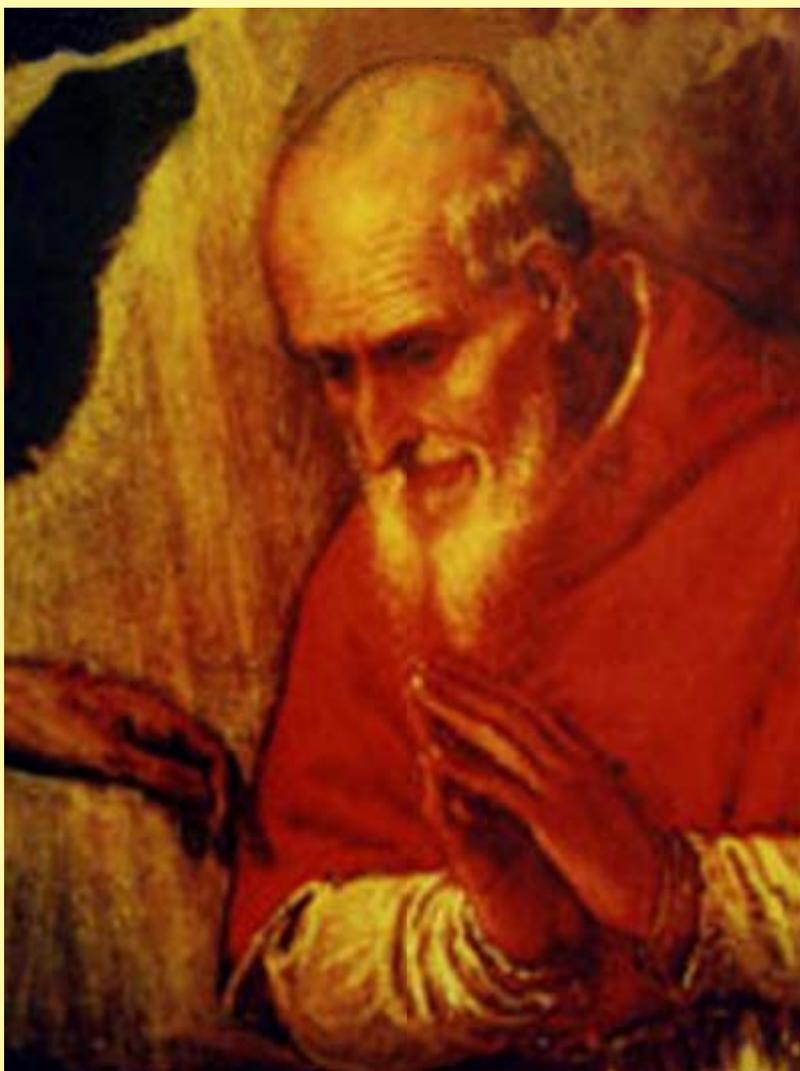


Integrismo

Año I, Nº 1, Septiembre 2004 - Director : Pbro. Héctor Lázaro Romero



Editorial

Comenzamos una nueva publicación. ¿Por qué? ¿Con qué finalidad? ¿No hay ya demasiadas?

Esta es una publicación católica, con todo lo que significa la palabra, con todo lo que conlleva la palabra, con todas las consecuencias que se desprenden de la palabra. En efecto, esta es una publicación que pretende ser católica integralmente. Es una publicación integrista. ¿Qué significa eso?

En nuestros días, esta es una palabra bastante bastardeada, como tantas otras. Se la utiliza frecuentemente de modo peyorativo. Generalmente para designar al fanatismo musulmán, pero también se utiliza para referirse a determinados grupos de católicos. Los medios llaman así a los católicos tradicionalistas. La palabra tiene para aquellos el siguiente sentido: toda persona o grupo para los cuales existe una Verdad objetiva que no se pone en discusión; así, esta gente no es pluralista, tolerante, es contraria a la libertad de expresión, etc..

Hemos dicho que esta palabra se utiliza ante todo para referirse a quienes sostienen la existencia de una Verdad objetiva que no se pone en discusión. Es justamente ése el sentido que hacemos nuestro.

Queremos ser pues integristas.

Para la sociedad actual esta es una actitud condenable, pero no lo era para la Iglesia. Decimos esto porque esta es una palabra «acuñada» en realidad, por el Papa San Pío X (1903-1914), el Papa antimodernista. Este Papa persiguió sin piedad al modernismo, convencido del daño que podía producir a la Iglesia. Bajo sus auspicios nació el «Sodalitium Pianum» (o «Fraternidad San Pío V»), dirigido por Mons. Umberto Benigni (1862-1934), encargado de detectar a estos elementos en las diócesis y seminarios, y de expulsarlos. Se entiende entonces el odio de todos los medios progresistas hacia el Papa Sarto.

San Pío X sostuvo y promovió a este grupo y a su prensa, a la que denominó «integrista». Por eso, la denominación de «integrista» debería ser un título de gloria para el católico. Así lo afirma el inmortal Sardá y Salvany en su obra ya clásica: «El liberalismo es pecado».

Queremos pues ser integristas.

Ser integrista significa defender la integridad del dogma, afirmar todas y cada una de las verdades de Fe que la Iglesia nos enseña; sea por su Magisterio Ordinario, sea por su Magisterio Extraordinario, con todo lo que significan estas verdades, con todas las consecuencias que se derivan de ellas.

Significa estar convencidos de que la Fe es Una, y que si se niega la más pequeña de las verdades de Fe, o se la pone en duda, se las niega o pone en duda a todas.

Ser integrista significa pues adherir y prestar asentimiento interno a la totalidad del Magisterio de la Iglesia, también a su Magisterio político, con todas las consecuencias que se desprenden de esto.

Significa tener como enemigo mortal al

liberalismo, y defender la Realeza Social de Nuestro Señor Jesucristo.

Como se ve, la palabra está preñada de sentido católico.

Queremos pues, ser integristas. Esta es una publicación integrista.

Pero, alguien podría preguntarse, ese no parece ser el



Armas de San Pío X

espíritu que reina hoy en la Iglesia. En efecto, y nos atrevemos a decirlo, hoy en la Iglesia reina más bien el espíritu contrario. Hoy reinan el ecumenismo, la libertad religiosa, la colegialidad, doctrinas éstas que la Iglesia de ayer, la Iglesia «integrista» condenó en diferentes oportunidades.

Hoy la Iglesia sufre una crisis espantosa, puede decirse que la peor de su historia dos veces milenaria. El propio papa lo ha admitido en diversos discursos, lo ha dicho también el prefecto de la congregación para la doctrina de la fe, el cardenal Ratzinger. Diferentes personalidades del mundo católico lo han admitido. Y también convienen estas personalidades en señalar como la época de comienzo de dicha crisis, la posterior al Concilio Vaticano II.

Y ahí es donde difieren los diagnósticos. Nosotros, al igual que los católicos tradicionalistas, y contándonos entre ellos, señalamos al Concilio Vaticano II como desencadenante de la misma; y afirmamos que el Concilio contradice la enseñanza infalible y tradicional del Magisterio de la Iglesia, particularmente en las tres doctrinas que hemos dicho arriba al hablar del espíritu que hoy reina en la Iglesia.

Esta publicación, como se dijo antes, quiere defender la Verdad. Y por amor de esa Verdad, denuncia al Concilio y a las autoridades eclesiásticas que lo sostienen, como culpables de esta crisis. En definitiva, culpables de la pérdida de numerosas almas.

Pero, ¿cómo es posible que los hombres de Iglesia, aún aquel que ocupa el más alto puesto, avalen doctrinas erróneas? ¿No es esto contrario a la infalibilidad y asistencia divina prometidas a la Iglesia?

Esta publicación se compromete a tratar este trágico problema y pretende invitar a sus lectores al estudio del mismo; en breve, quiere proponer a los lectores que estudieemos juntos este problema, en el que tanto se juega para el católico.

Ese será nuestro tema fundamental: el problema de la Autoridad. Pero también nos ocuparemos de otros temas de actualidad, de política, etc.; siempre bajo la luz del Magisterio tradicional, «integrista».

Esta es la finalidad que perseguimos humildemente, la misma de la Iglesia: la gloria de Dios y la salvación de las almas.



Altar con sepulcro de San Pio V

Y queremos llenar una cierta laguna que creemos que existe en Argentina, y también en Hispanoamérica, respecto de prensa «integrista».

Así no solo nos apena la situación de la Iglesia, también lamentamos profundamente la de nuestra Patria. Una cosa está muy unida con la otra. El liberalismo y la masonería, presentes desde el origen de nuestro país, han hecho estragos. Más tarde se les suma el izquierdismo, que también hace lo suyo. Y hoy la Argentina, en manos de la democracia izquierdista-liberal-masónica, librada a su suerte, presenta un panorama desolador. Es gobernada por los cómplices de los terroristas de los '70; está entregada a los organismos internacionales de la usura; la delincuencia armada asola las calles (sea cortándolas o robando y matando), de manera que vivir seguro parece una utopía; su memoria y su historia se encuentran falseadas, etc.,etc..

Justamente en relación con estos hechos que acabamos de señalar, este mes ha sido uno de los temas fundamentales en los medios de comunicación (controlados por las mismas fuerzas siniestras), el juicio por un famoso atentado sufrido en nuestro país. De él, la prensa ha dicho que fue «el atentado más importante y más sangriento en nuestro país». Hemos recibido información que desmiente tal dicho. Con ser un atentado terrible, no fue el ataque terrorista más cruento.



Imágenes de la película «La Pasión»

Sí lo fue el sufrido en diciembre de 1975, en pleno gobierno constitucional, cuando el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) atacó la guarnición militar de Monte Chingolo. Entre militares, terroristas atacantes y ciudadanos comunes, se calculan en 150 las víctimas, como mínimo. En una de aquellas organizaciones guerrilleras militaban nuestros actuales gobernantes...

Con cierta relación con lo anterior, queremos mencionar, para cerrar nuestro primer editorial, un tema que fue muy «polémico» (como les gusta decir a nuestros «formadores de opinión»); se trata de la película «La Pasión de Cristo», de Mel Gibson. Ahora, el tema recobra cierta actualidad, con la aparición en dvd y video-casette, de la película. Próximamente esperamos poder presentar aquí artículos específicos al respecto. Ahora solo queremos decir que los ataques recibidos se han debido a que La Pasión presenta una visión totalmente ortodoxa y tradicional, conforme al espíritu de la Iglesia. Los que critican la película son los mismos que alaban al «Jesús de Nazaret» de Zeffirelli, o muchísimo peor, a la «Última tentación de Cristo» de Scorsese.



Imágenes de la película «La Pasión»

Vale decir que el «pecado» de Gibson es presentar a un Jesucristo verdaderamente divino (aunque también lo presenta verdaderamente humano, como corresponde); es mostrar la auténtica responsabilidad en la muerte de Nuestro Señor, conforme lo enseñó siempre la Iglesia hasta el Vaticano II.

Ese Concilio quiso casar la Iglesia con el mundo al que Nuestro Señor condenó, porque el mundo es enemigo de Dios y de Su Iglesia y lo será siempre, aunque el modernismo trate de cambiar el Evangelio.

Pero no desfallecemos, pues la Iglesia tiene aquella tan consoladora promesa de Su Divino Fundador, en la cual nos apoyamos: «Tened confianza, Yo he vencido al mundo».

COMENTARIOS A PARTIR DEL CREDO

Por el P. Héctor Lázaro Romero

En esta sección, tomando como base el Credo artículo por artículo, se propondrán diversos pensamientos en relación con el tema o, consideraciones que sin tenerla, vayan surgiendo en el espíritu del autor a medida que las expone.

1er. Artículo: Creo en Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

He aquí el objeto central de la Fe. Creemos en Dios, tenemos en Fe en Él. ¿Y en qué consiste creer, tener Fe?

Vivimos en una época donde todo está desvirtuado, desde las cosas más fundamentales hasta las más secundarias. La propia manera de pensar que tiene el espíritu humano, es atacada. No hay nada objetivo, todo es subjetivo. Dios es subjetivo, la Fe es subjetiva, creer es subjetivo. Todo queda librado a la subjetividad.

Dios no sale de las profundidades del alma humana, que necesita de una divinidad y de una religión. No. Es exterior al hombre, es objetivo. La Fe tampoco es un sentimiento religioso, como quiere el modernismo. La Fe



Dios Padre

también es algo objetivo; algo en lo cual la voluntad tiene parte, por cierto, pero que es, ante todo, del dominio de la inteligencia.

Crear, tener Fe, significa someter la inteligencia a la Verdad Revelada por Dios, como nos lo recordaba el catecismo preconiliar. Se trata de un acto de la inteligencia, no de un sentimiento de la voluntad. Se trata de aceptar algo exterior a mí, no algo que brota de mi espíritu. Y se trata de someterse, de doblegar la inteligencia ante eso. ¡Crimen horrendo y espantoso para el hombre de hoy!, que no se doblega ante nada...que no sea verde y con forma de billete. Pero doblegar la inteligencia, no porque el objeto de la Fe sea contradictorio para la razón, como dicen ahora en que permanentemente oponen la ciencia a la Fe, sino porque el objeto de la Fe excede la razón (lo cual es muy distinto). Dios es autor tanto de la Fe como de la razón.

Sin embargo, aunque las cosas de la Fe excedan a las de la inteligencia, la inteligencia puede investigarlas hasta cierto punto y buscar razones que las corroboren. Hoy, esto último es una especie de herejía, ya que según el hombre moderno, la razón y la Fe están en campos diametralmente opuestos, pues para él, la Fe es un sentimiento, como hemos dicho.

Continuará...

MARÍA SANTÍSIMA, CORREDENTORA DEL GÉNERO HUMANO

Por el Cofrade de la Santa Faz

Cooperación de María con el Plan de Dios

Y oí la voz del Señor que decía: «¿A quién enviaré ¿Quién irá por nosotros? Y respondí: hème aquí, mándame a mí» (Is 6,8-9). Desde el principio, Dios quiso que el hombre cooperara con Él para Su mayor Gloria y su propia salvación. Aún después de perdido el Paraíso terrenal, Dios no niega nunca al hombre el privilegio, que ninguna mente humana podrá suficientemente valorar, de cooperar con los planes de Dios, voluntariamente. Hoy, queremos meditar en este misterio de cooperación con Dios de la Beatísima Virgen María, Corredentora del género humano. Analizaremos de qué manera todos los hechos que hacen a su cooperación con el misterio y la obra de la Redención revelan méritos y virtudes de un nivel de heroísmo superior al de toda otra criatura humana o angélica, dados los privilegios de María.

Sabemos que en el plan de la Redención era necesario restaurar la relación de amistad del hombre con Dios y aplacar la justicia divina ofendida por el pecado original. Esto fue consumado por Cristo mediante su terrible Pasión y Muerte en la Cruz, de rédito infinito, capaz de lavar abundantemente nuestras culpas y adecuada a la ofensa infinita ocasionada por el pecado. María colabora con esta obra salvadora, cediendo su humanidad para concebir a la Víctima, entregarla a la Voluntad de Dios en cuanto Madre e inmolarse incruentamente consubstanciada con el Sacrificio de Cristo al pie de la Cruz.

María Santísima acepta engendrar a la Víctima

«¿De qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? dice Yahvé. Estoy hastiado de holocaustos de carneros...» (Is. 1,11).

Era necesaria esta Víctima perfecta cuya carne iba a ser triturada y su sangre derramada, y mediante la cual el sacrificio de Cristo nos alcanzó la redención y el perdón de los pecados. Esta es la gran participación de

María, que Dios quiso; la única criatura sin mancha de pecado original, preparada por Dios para ser la Madre de Dios. Estaba llena de perfecciones y en Ella habitaba Dios. Dice el ángel a María: «*llena de gracia, el Señor está contigo, bendita eres entre todas las mujeres*». Ella pues, vino a ser el primer Tabernáculo. Al consentir en la Encarnación, Ella coopera activamente en el plan de la Redención, proporcionando de su carne purísima, la carne y la sangre para la propiciación («*¿No eres tu hueso mío y carne mía?*» Sam II, 19,14). En este solo acto, como en la Pasión, su fe es superior a la de Moisés, que con evidencias de la Promesa, llega a dudar. Su obediencia y fidelidad superan las de David y su celo por obedecer a Dios es mayor que el de Abraham.

María también es víctima por los pecados

«*¡Hijo mío, Hijo mío, ...! ¡Quién me diera haber muerto yo en tu lugar, ..., hijo mío, hijo mío!*» (II Samuel, 19,1). Ella es la Madre que Dios quiso y es también, por lo mismo, una víctima que Dios quiso, aun cuando ni podía ser víctima vicaria ni podría su sacrificio redituar un mérito redentor sin estar unido al de Cristo, único satisfactorio plenamente a la justicia divina y el único querido por la Santísima Trinidad. El mismo Cristo la une a su inmolación y la hace copartícipe del sacrificio de la Cruz. Y así, de sí mismo es Sacerdote y Ella tiene asimismo una participación sacerdotal al ofrecer su Hijo a Dios desde el Nacimiento y entregarlo al mundo para ser sacrificado. No son dos víctimas sino



La Anunciación de Murillo

que hay Una sola con la que se consubstanció incruentamente María, cuya ofrenda reviste y une Cristo con la suya. Su inmolación tiene lugar en su corazón de Madre y en su espíritu. De Ella, además, por voluntad del Hijo, brota un segundo fruto de la Cruz: la maternidad corredentora para el hombre rescatado.

Los méritos y virtudes de María en relación a la Redención superan los de cualquier otra criatura del Cielo y de la tierra

Méritos de María: de Fe, de obediencia, de humildad y de sufrimiento heroicos

Ante todo, Ella es la Inmaculada Concepción y no tiene culpa alguna por haberle sido aplicados los méritos de Cristo en forma anticipada. Es la Madre de Dios y por todo lo antedicho, es superior al resto de las criaturas, a los santos y los mártires y a los Ángeles. De esta última aseveración nos da prueba la actitud del Arcángel San Gabriel: no es la criatura que reverencia al ángel sino, por vez primera, el ángel quien reverencia a la criatura. Además de los privilegios y gracias de las que fue dotada, Ella misma por su *voluntad* efectuó un trabajo de santificación aumentando considerablemente la gracia en su alma. Santa Isabel es la primera en reconocer que es la Madre de Dios («que venga a mi la Madre de mi Señor»). Todas las virtudes de María son manifiestas en la Encarnación y la Pasión. No importa que nada nos cuente el Evangelio de los años intermedios. Su actitud en la Pasión nos da el indicio del profundo heroísmo de fe y caridad de la Madre de Dios alcanzado en estos 33 años.

Cuando María Santísima acepta la Encarnación del Hijo de Dios *no juzga a Dios*. Su obediencia es perfecta, porque su fe es perfecta: cree en el poder de Dios, en las palabras del ángel «*porque nada es imposible para Dios*» y Ella misma lo proclama: «Por que ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava»... «*hizo en mi grandes cosas*». Y el primer mérito de María reside en su fe por encima de las razones de la naturaleza, y por ello es incomparablemente mayor que la del Sacerdote Zacarías acostumbrado a tratar con Dios en el Santo de los Santos. El mensaje sobre la concepción de San Juan es también traído por el mismo Arcángel San Gabriel y



Ntra. Señora de los Dolores, Corredentora del género humano

guarda admirable paralelismo con el de la Encarnación (véase Lc 13-20). Pero Zacarías desconfía «¿Por dónde podré yo certificarme de esto?, pues soy viejo», siendo esta una ofensa a Dios, puesto que pide pruebas de la «honestidad» divina, mientras que María pregunta «¿Cómo puede ser esto, si no conozco varón? Así, sólo de Ella se dice «Bienaventurada tú que has creído». Las circunstancias que rodean la aceptación de la Encarnación ponen a prueba su confianza en Dios, pues que, siendo sin esposo, iba a ser repudiada. Su humildad tampoco tiene parangón, puesto que ningún prodigio espectacular había envuelto la Encarnación como para que el mundo supiera que Ella era la elegida y el fruto de su vientre, obra de lo Alto. Aquella que esperaban los reyes de Israel y cuya aparición todas las voces proclamaban, no fue conocida.

Tampoco vuelve a juzgar el plan redentor de Dios consumado en el Calvario, ni pide a Cristo que evite la Pasión y muerte de Cruz. Es probable, en cambio, que desee sumar su sacrificio al de Cristo o bien un trueque de víctimas. («Entonces Tomás, por otro nombre Didimo, dijo a sus condiscípulos: Vamos también nosotros y muramos con Él», (Juan

11,16) [!]). Cree, antes que ninguno de sus discípulos a pesar de que los acontecimientos contradecían toda esperanza de triunfo mesiánico. ¡Destrozado su cuerpo y exangüe su carne! Fe heroica ¡sin la prueba de la resurrección como si tuvieron todos los santos y mártires después de Ella! Por eso, los títulos de Reina de los Mártires y de los Santos, de los Patriarcas, de los Ángeles y los Sacerdotes. ¿Quién como Ella creyó, obedeció y sufrió con tal Fe y voluntad?

Sufrimiento heroico por el perdón de los pecados: «Una espada atravesará tu corazón». «He ahí a tu hijo». En estas últimas palabras conocemos dos cosas: que Cristo otorga a su Madre la maternidad espiritual sobre el género humano y que la invita a la entrega total de su Hijo para el Sacrificio de la Cruz, en lo que Ella supera a Abraham. . En esto es como si Cristo le dijera *Ya no soy sino todo del Sacrificio, sin tener Padre ni Madre, sino solo dolor, angustia y abandono*. En el film «La Pasión» queda clara esta participación de María durante la Pasión de Nuestro Señor y su transfixión al pie de la Cruz. María es conocedora de que todo este dolor es por la Redención y para el perdón de los pecados, pues ya el ángel había dicho a José: «Él ha de salvar a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1,21). Dada su perfección espiritual, su cuerpo era para Ella instrumento de santificación y gustosa lo habría entregado a la crucifixión junto a su Hijo. He allí la pasión de María, ¡el corazón destrozado y el cuerpo que no muere! Nadie podrá comprender jamás el sufrimiento de María, pues todo lo juzgamos con la vara de nuestra mezquindad, siendo que no hay sobre la tierra Madre más amable ni Hijo más adorable. Veamos qué dice al encontrar al Niño perdido: «Hijo, ... mira como tu padre y yo llenos de aflicción te hemos andado buscando» (Lc) . Pudo Dios haberle ahorrado esta aflicción de la Pasión, siendo asunta al Cielo antes; después de todo, con su Maternidad divina ya había cooperado con la Redención. Pero quiso Dios dar al Cielo y al Universo la más gloriosa perla de su Creación en todo perfectamente unida al querer trinitario. Unida a la Santísima Trinidad en la Gloria, pero antes unida a la Pasión del Hijo. Mereció entonces toda la Gloria que pudiera darse a una criatura fuera de Cristo,

y que Dios tenía reservada y preparada para Ella. Por eso, es Reina y Señora de lo Creado por Dios. Nadie, después de Cristo, dio a Dios mayor Gloria; nadie pues, después de Cristo, merece mayor veneración.

Conclusiones: ¿Se trata de cooperación o de eficacia en la corredención?. ¿Quién opera la Redención: ¿El Padre o el Hijo? Las tres Personas de la Santísima Trinidad pueden hacer las mismas obras puesto que se trata del mismo y único Dios, pero en la Redención, el Hijo es el Cordero, aun cuando al ser Él mismo Dios es ofendido en igual grado que las otras dos Personas divinas por el pecado que expía; tal entonces, el mérito infinito de su expiación. El Padre opera eficazmente la redención aplicando los méritos del Hijo y a la que contribuye María con la Encarnación y su inmolación al pie de la Cruz unida al sacrificio de Cristo. Por esto es Ella Corredentora. No solo coopera sino que participa Ella misma en el sacrificio de inmolación por los pecados del mundo. Para ello, no debía tener pecado. Al curar al ciego de nacimiento dice Jesús, «*para que las obras de Dios resplandezcan en él*» y así, la obra de Dios resplandeció en Ella para la mayor Gloria de Dios.

Tomemos de esta Madre ejemplo. Veamos que en Ella el sufrimiento no es atribuible a sus faltas sino al plan de salvación, a diferencia de nosotros. Nació para ser la Madre del Redentor y al pie de la Cruz es hecha Madre de la humanidad. Su sacrificio con Cristo nos corredime con Cristo por la inefable Misericordia de Dios. **Cristo nació para redimirnos, María para corredimirnos.**

Imitemos de Ella su fe, su obediencia, su amor generoso, su humildad inconcebible y sobrehumana. Recurramos a ese corazón que estalló de dolor por el precio de nuestros pecados. Recurramos a María Corredentora; no permitirá nuestra condenación y sabrá guiar nuestra vida espiritual hacia la perfección del amor a Dios.



Letanías de Nuestra Señora de los Dolores

Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, ten piedad de nosotros.
Señor, ten piedad de nosotros.
Dios, Padre celestial, ten piedad de nosotros.
Dios, Hijo, Redentor del mundo, ten piedad de nosotros.
Dios, Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.
Dios, Trino y Uno, ten piedad de nosotros
Santa María, ruega por nosotros
Santa Madre de Dios,
Santa Virgen de las vírgenes,
Madre crucificada,
Madre dolorosa,
Madre afligida,
Madre abandonada,
Madre desolada,
Madre privada de vuestro Hijo,
Madre herida con una espada de dolor,
Madre llena de trabajos,
Madre espiritualmente clavada en la cruz,
Madre tristísima,
Fuente de lágrimas,
Cúmulo de padecimientos,
Espejo de paciencia,
Roca de firmeza y constancia,
Arca de confianza,
Refugio de los abandonados,
Escudo de los oprimidos,
Triunfadora de la incredulidad,
Consuelo de los desgraciados,
Salud de los enfermos,
Fortaleza de los débiles,
Puerto de los naufragos,
Calma de las tempestades,
Asilo de los tristes,
Terror de los insidiosos,
Tesoro de los fieles,
Luz de los Profetas,
Báculo de los Apóstoles,
Corona de los Mártires,
Consejo de los Confesores,
Perla de las Vírgenes,
Apoyo de los huérfanos,
Amparo de las viudas,
Alegría de los santos,
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,
perdónanos, Señor
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,
escúchanos, Señor
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,
ten piedad de nosotros

V. Ruega por nosotros ,Virgen Dolorosísima
R. Para que seamos dignos de alcanzar las
promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

*Oración: Imprimid vuestras penas, Reina del
Cielo, en el fondo de mi corazón, a fin de que en
ellas pueda leer y aprender dolor y amor; dolor
para sufrir con Vos y por Vos toda suerte de dolor;
y amor; para despreciar con Vos y por Vos todo
amor que no sea el de Jesús. Por Cristo Nuestro
Señor. Amén*

Acto de consagración a María afligida

*Virgen Santa, Madre del Salvador, os elijo en
este día por mi soberana, protectora y abogada
para con Jesús, Vuestro Divino Hijo. Grabad en mi
corazón los dolores que sentistéis al pie de la Cruz,
y recibidme para siempre en el número de Vuestros
hijos, asistidme en todos los momentos de la vida;
pero sobre todo en la hora de la muerte, a fin de
que unido a Vuestros dolores en este valle de
lágrimas, y siendo en adelante constantemente fiel
en Vuestro servicio, pueda merecer, por la imita-
ción de Vuestras virtudes, la Corona de la Gloria
que Dios concede a sus escogidos. Amén.*



Indulgencia por meditar los Dolores de María

*El Papa Pío VII concedió á los que
consagraren, ya pública ya privadamente, una hora
o a lo menos media, a honrar la aflicción de María
después de la muerte de su Hijo, 1º) indulgencia*

*plenaria si desde las tres de la tarde del Viernes
Santo hasta las diez de la mañana del Sábado Santo,
pasaren a lo menos media hora en meditar las penas
de la Santísima Virgen, o en rezar la Corona, o en
hacer las estaciones de Nuestra Señora de los
Dolores, o en cualesquiera otras oraciones
análogas a esta devoción, con tal que después de
haberse confesado reciban la Comunión Pascual;
2º) indulgencia de trescientos días todos los demás
viernes, a los que practiquen esta devoción desde
las tres de la tarde hasta la mañana del domingo
siguiente; 3º) indulgencia plenaria al fin del mes a
los que hayan sido fieles en practicar semanalmente
esta devoción durante el mismo, con tal que se
confiesen y comulguen. Estas indulgencias son
aplicables a las almas del Purgatorio.*

Revista **Integrismo**

Si conoce otras personas que pueden
estar interesadas en nuestra publicación,
puede enviarnos las direcciones de mail; las
ingresaremos a nuestro fichero y Ud. habrá
realizado una obra apostólica.

Si desea contactarnos:

-personalmente o por carta, la dirección
del Padre Héctor Lázaro Romero es:

**Blas Pascal y Rdo. Padre Puig,
Quinta San Francisco de Asís,
(1744) La Reja, Provincia
de Buenos Aires,
ARGENTINA.**

(En esta misma dirección se celebra la
Santa Misa tradicional).

-Por teléfono; puede dejarnos un
mensaje en el contestador; será prontamente
respondido: **15-4075-8027.**

-Por correo electrónico:
integrismo@uolsinectis.com.ar

-Si desea ayudarnos económicamente,
puede llamar al siguiente número de Capital
Federal:

011- 4348-3500 (interno 2046)

de 9.00 a 15.00 hs, al Sr. Héctor José Romero
(padre del P. Romero), para hacerle llegar
personalmente o en forma convenida con él,
su colaboración bajo sobre cerrado.

De un monje benedictino:

Existen horas de hastío en la vida, horas en las que nos hallamos como asqueados de los demás y de nosotros mismos, en las que la realidad siniestra de la existencia, con todas sus fealdades y ferocidades, se impone a nosotros como la única verdad y nos agobia.

Horas en las que nos sentimos incapaces de reaccionar contra esa evidencia, en las que nos sentimos inevitablemente tentados a rendirnos y hacer nuestra, nosotros también, la dura filosofía nietzschiana del mundo.

El mal, el pesimismo, sobre todo desde que empezamos a entregarnos a él, posee un invencible poder de persuasión.

En esas horas de vacilación, de oscuridad, de desmayo, y por muy lejos que hayamos avanzado en la capitulación, hay una cosa -porque siempre hay una cosa- que puede instantáneamente traernos un rayo de luz, arrancarnos de las certezas decepcionantes, confirmarnos en el acto de la existencia de una realidad distinta y más bella: se trata de un acto de caridad.

Estáis cansados, dudáis, estáis hastiados de los demás y de vosotros mismos, asqueados por las maldades, la hosquedad, las bajezas, las ansias de dinero, las codicias, las vanidades, las sensualidades, los egoismos, en medio de los cuales os sentís poco a poco sumergidos, ahogados, asfixiados...

Buscáis una claridad. Razonáis, discutís, leéis, rezáis, y como si nada. Los monstruos no aflojan sus garras, vuestro propio lodo os pone una costra en los párpados.

¡Pues bien!. Olvidadlo todo. Abandonad los libros y las discusiones. Buscad simplemente en vuestro entorno un sufrimiento y aliviadlo. Una herida que sangra y curadla. Nada más... ¡Es bastante! Creeréis. De un salto os sentiréis trasladados a mil pies por encima de la cloaca. Os hallaréis seguros, serenos, fortalecidos. Es inexplicable. Pero es así. «La caridad cubre la multitud de los pecados» dijo el Apostol San Pedro.

Toda la Historia del mundo se nos presenta bajo el aspecto de una inmensa y trágica confusión en la que no descubrimos finalidad alguna ni comprendemos sus razones, aun cuando sabemos que todo redunde, incluso el más abominable crimen, incluso el infierno, en la Gloria de Dios.

Únicamente en los Santos vemos paladinamente la relación con los eternos designios de Dios; y estos silenciosos y fieles colaboradores de Dios se desenvuelven entre las locuras de este mundo mientras ejecutan el plan eternamente invariable del Señor.